

ENTRE LA MAJORRETTE Y EL MAESTRO DE BAILE

LA "GO-GO GIRL"



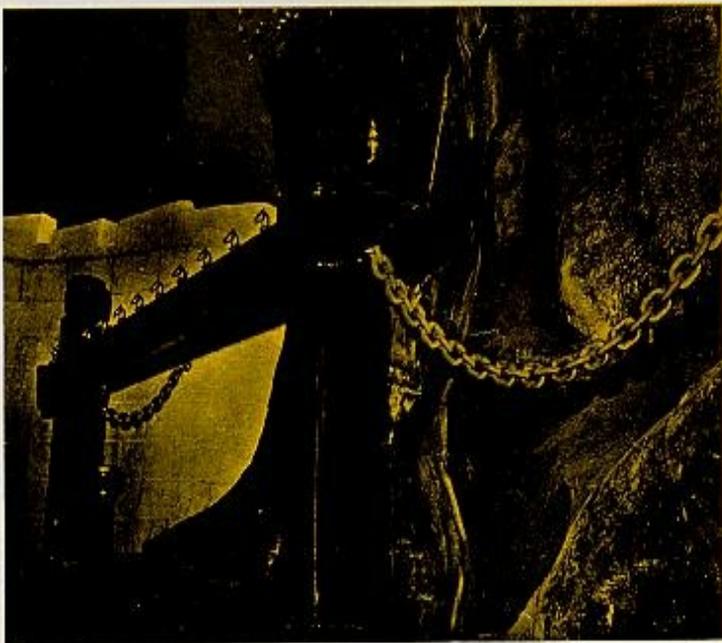
UNA NUEVA INSTITUCION DEL AMERICAN WAY OF LIFE

LOS americanos han sido siempre muy dados a adornar todas sus manifestaciones públicas, sean del género que sean, con bellas muchachas faldicortas que evolucionan al compás de una música de circunstancias. Las «majorettes», por ejemplo, actúan tanto en un campo de deportes, animando al equipo de su predilección, como en los desfiles cívicos y en las elecciones presidenciales. Su imagen es ya familiar incluso a los europeos, habituados a verla repetirse en los noticieros cinematográficos. En la actualidad está imponiéndose —se ha impuesto ya— una nueva figura femenina, igualmente rítmica, que también nos ha llegado a través del cine, aunque esta vez no se trate de los noticieros, sino de una mediocre película de argumento: «Divorcio a la americana», de Jack Donohue, interpretada por buena parte del clan Sinatra. Se trata de la «go-go girl». Mientras las «majorettes» actúan al aire libre, las «go-

SIGUE

Una de las discotecas con «go-go girls» más populares de Nueva York es la de Trude Heller. Está situada en Greenwich Village, y en ella actúan, por lo general, tres «go-go girls» y tres «go-go boys», institución esta última mucho menos frecuente.





«Ginga», arriba, está en los barrios elegantes. Las chicas actúan en jaulas suspendidas del techo. Abajo, la entrada al «Tambourlaine», otro local de gran popularidad.



En este tipo de locales se baila por el placer de bailar, muchas veces sin necesidad de pareja. Un plantel de bellas muchachas actúan como recepcionistas.



El espectáculo se sitúa a tres escalas: en el escenario, en la propia sala y en el tablado donde actúan las orquestas «pop» incansable y continuamente.



LA 'GO-GO GIRL'

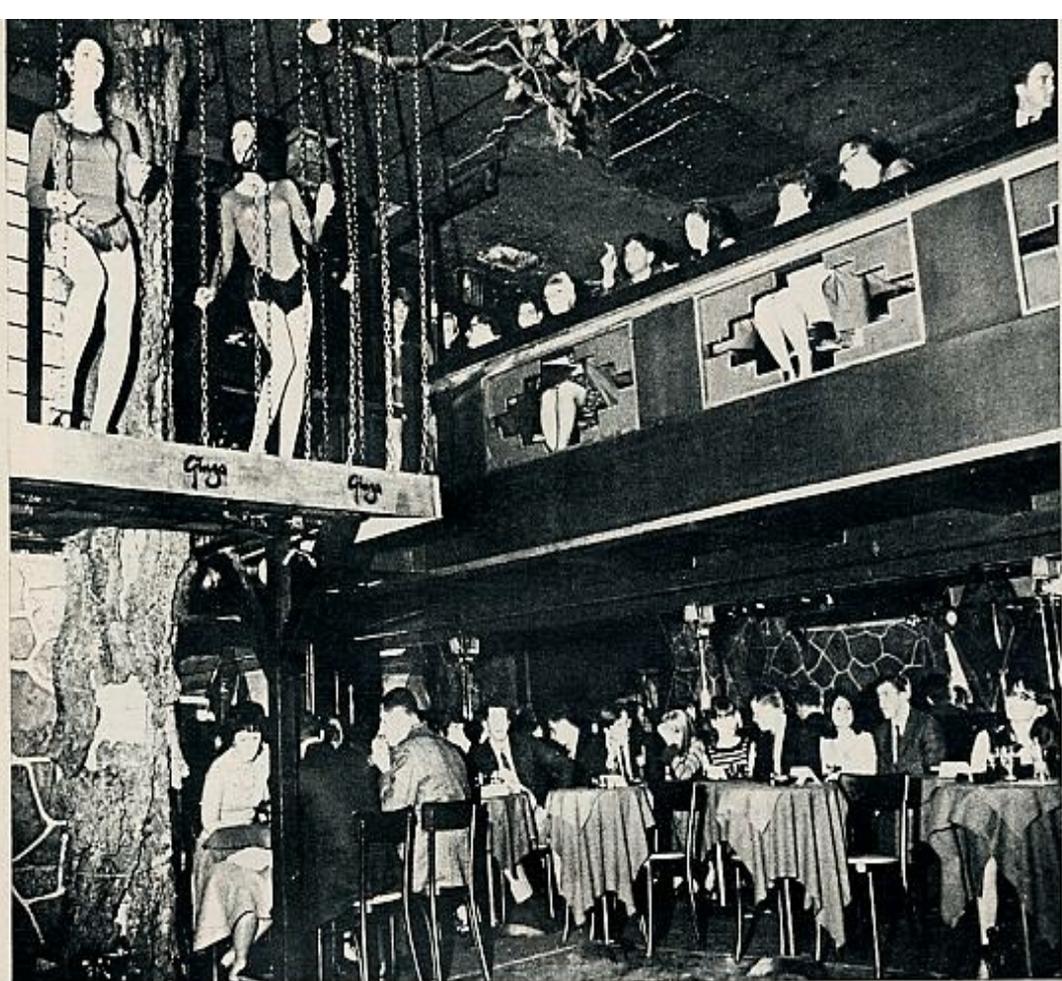
go girls» lo hacen en lugares cerrados, de ambiente preferentemente cargado. Su misión consiste en marcar el ritmo de la música que en cada momento se interpreta, con movimientos contorsionados y, con frecuencia, desde unas jaulas situadas en lo alto de las salas en que actúan, de modo que puedan ser seguidas con la vista por quienes se encuentran en la sala, incluso en sus rincones más apartados. Aunque su auge es relativamente reciente, las «go-go girls» se han impuesto de un modo rapidísimo, desde la costa del Pacífico a la del Atlántico, y principalmente, pero no de modo exclusivo, en los grandes núcleos de población.

De hecho, su origen está en Los Angeles, y concretamente en un establecimiento denominado «Whisky a go-go», de donde precisamente les viene el nombre. En aquel local, que empezaron a frecuentar los miembros de la «juventud dorada», se tenía a gala el que no se interpretaran más que los ritmos de última hora, generalmente recién llegados de Europa. Como, lógicamente, muchos de los asistentes no sabían cómo debían ballarse tales ritmos, se recurrió a la idea de hacer una demostración a cargo generalmente de una muchacha. La idea se fue institucionalizando y el significado del término «go-go» cambió. De ser una expresión francesa que podría traducirse poco menos que por «a caño libre», pasó a inglesizarse y el «go-go» no quiso decir más que lo que literalmente significaba, la repetición del imperativo del verbo «to go», ir: «vé, vé...». Así, las «go-go girls» fueron las chicas que animaban a los bailarines tímidos a salir a la pista, donde no tenían más que seguir sus movimientos. Un poco, en última instancia, como aquellos maestros de baile que en la época del rigodón y de la cuadrilla iban indicando ceremoniosamente, y acompañándose de una especie de vara, las figuras que debían ir componiéndose.

Nada, como se ve, de demasiado nuevo. Pero algo que ha hecho furor. Lo que empezó siendo una especie de exotismo, de signo de diferenciación, se ha convertido en poco menos que en una necesidad para cualquier club que se pretenda «in». Hasta el punto de que incluso a las fiestas particulares de cierto copete se invita —mejor dicho, se contrata— a las «go-go girls» que, sobre una mesa o cualquier objeto que pueda servirles de plataforma, realizan sus evoluciones.

Muchas de las «go-go girls» proceden de California, donde se instauró la moda. Algunas son estudiantes universitarias, que así se ayudan, ya que su trabajo sólo se realiza a partir de la caída de la tarde, a pagar unos estudios que en América, donde la mayoría de las Universidades son privadas, resultan extremadamente onerosos, a pesar de la abundancia de becas. Entre ellas las hay itinerantes, que van de ciudad en ciudad a medida que las «temporadas» las reclaman, llegando hasta las islas del Caribe. El precio medio de sus actuaciones viene a oscilar entre los veinte y los treinta y cinco dólares, pero son ellas las que deben proporcionar sus atuendos de escena, generalmente aparatosos y rutilantes en su exiguidad. En el Greenwich Village neoyorquino, el «Trude Heller's» es el local más popular, en competencia con el «Ginza», situado en zona más elegante. Luego exis-

SIGUE



Arriba, otro aspecto de «Ginza», posiblemente el local más elegante dentro de la especialidad. Abajo, Trude Heller, a la puerta del local que lleva su nombre, despide a tres muchachas —una española, una griega y una alemana— que dejan su trabajo.

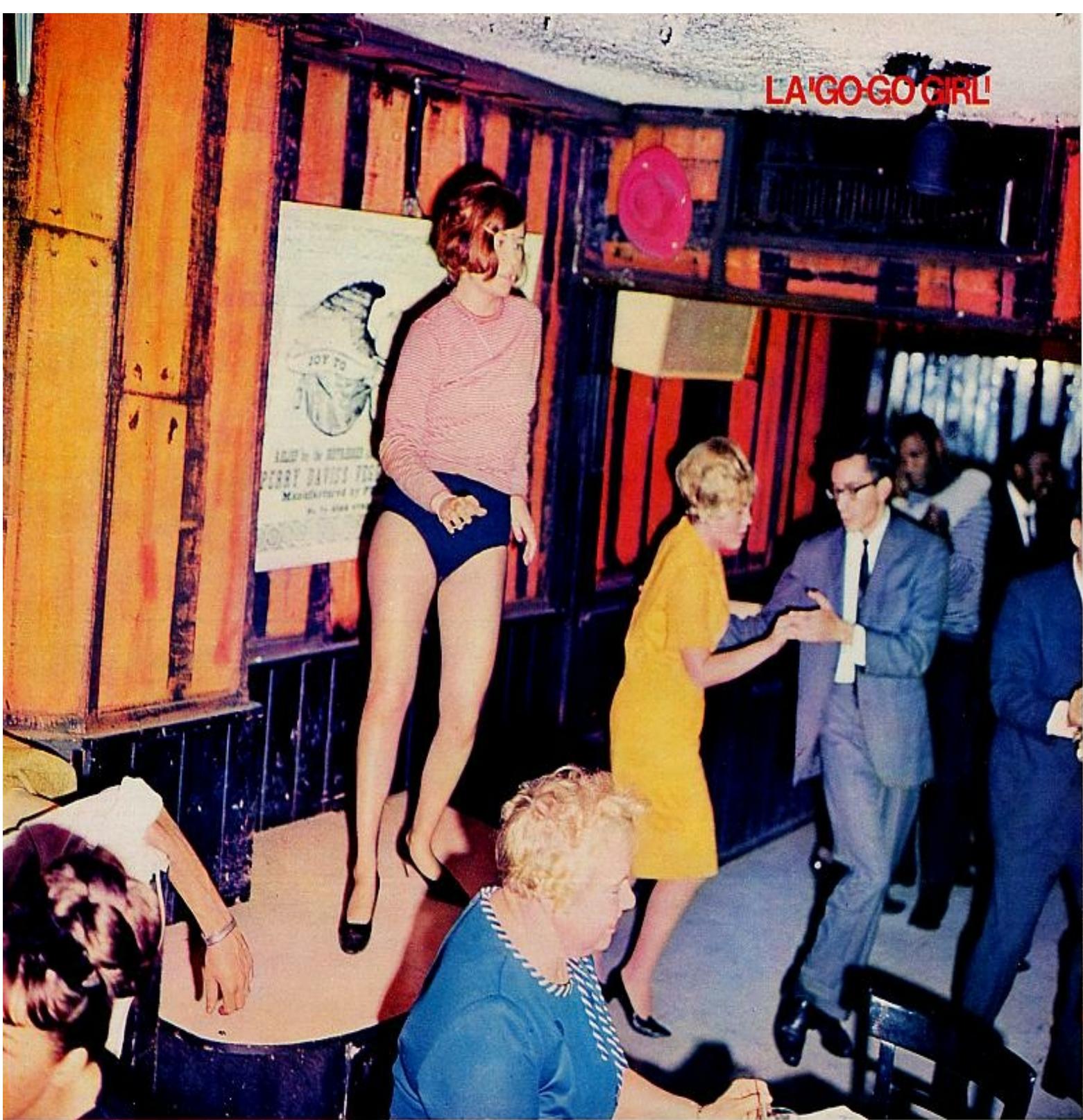




Muchas de las salas permanecen abiertas desde las doce del mediodía. Por ellas pasan, a lo largo de la jornada, distintos públicos, muy diversos entre sí.



LA 'GO-GO GIRL'



Los Angeles fue la cuna de este tipo de clubs. El «Whisky a go-go» de aquella ciudad hizo escuela, y hoy han proliferado en Nueva York sus imitaciones.



ten una pléyade de salas de distinta categoría, muchas de ellas abiertas desde mediodía y alguna de las cuales, como el «Dudes'n Dolls», celebra cada domingo concursos de «go-go girls» en los que se otorgan premios de ochenta dólares.

En vista del éxito de las «go-go girls» han surgido los «go-go boys», aunque ni hay tantos ni son tan frecuentes sus actuaciones. Más corriente es que en el transcurso de alguna emisión televisiva, como «Hollywood Go-Go», que ha alcanzado una inmensa audiencia, sean cantantes conocidos los que, en compañía de las «go-go» titulares, vengán a indicar la manera de bailar un ritmo creado por ellos. Así es posible ver a una cotizada figura del mundo de la canción enca-

ramada en un pedestal y marcando los pasos de un baile que, lanzado en segundo grado por las «go-go girls», pronto se hará popular. En Europa todavía no se ha dado el fenómeno, aunque ha habido algún intento de adaptarlo, como el más o menos tímido del madrileño Club Consulado con su «Jaula de Oro», aunque en este caso no se tratase de profesionales. Claro es que es muy posible que dentro de poco tiempo, dada la velocidad con que las costumbres se nacionalizan en el mundo de la música moderna, la «go-go girl» sea un producto tan consustancial a los clubs europeos como lo es hoy a los americanos.

Servicio E. B. Draper-MOVING
Fotos: C. NOVOA-New-York